

## LA GUERRA BAJO EL NOMBRE DE PAZ

Inaugurando la reciente cumbre del Pacto de Varsovia, el máximo líder del Partido Comunista polaco, Edward Gierek, declaró que "la paz es inseparable del socialismo". La frase ha pasado relativamente inadvertida, pero su análisis parece indispensable cuando el mundo presenta signos prebélicos cuya magnitud no tiene parangón con ningún otro momento desde 1945. El reemplazo de la bipolaridad que siguió a la Segunda Guerra Mundial, en que dos bloques antagónicos claramente dirigidos por Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentaban en la "guerra fría", ha cedido paso a una multipolaridad de centros de influencia y decisión internacional. Los aspectos positivos de este cambio pueden ser múltiples. Pero resulta indudable que la posibilidad de "manejar la paz" se ha convertido en algo cada vez más difícil. Ahora las "potencias" o variables que pueden crear conflictos capaces de derivar en una conflagración mundial, son más numerosas e incontrolables para todos.

EDITORIAL

A eso se debe quizás que los cables deban destinar al creciente armamentismo generalizado, un porcentaje constantemente mayor de sus informaciones. Y a lo mismo obedecen acaso las reiteradas comparaciones que se realizan entre lo que hoy ocurre, y los hechos que precedieron a las dos guerras mundiales anteriores. Cuando Brzezinsky dice que actuar con debilidad en Afganistán sería "un nuevo Munich", o los portavoces de Vance afirman que la fracasada operación rescate en Irán pudo ser "otro Sarajevo", se trasluce demasiado claramente que la amenaza bélica flota con notoria inquietud y actualidad en las más altas esferas de la política internacional de Occidente.

No podría negarse que sobre la conducta del Kremlin —decisiva en el cuadro mundial— pesan consideraciones de política interna, económicas y geopolíticas. Pero parece fundamental no perder de vista el papel clave que juega en el problema, la doctrina misma del comunismo.

La transcrita frase de Gierek, plantea una de las más crudas versiones que se conozcan, en cuanto fundamentación doctrinaria de las pretensiones hegemónicas del comunismo internacional.

En efecto, como "la paz es inseparable del socialismo", toda acción para extender la vigencia de éste, por violenta que sea, será siempre considerada por sus agentes como acto liberador y de servicio a la causa de la paz. Del mismo modo, ningún acuerdo comunista de paz tiene más valor que el de una estratagema táctica, que se respetará mientras la "correlación de fuerzas" lo aconseje, y se quebrantará sin escrúpulos tan pronto ésta permita hacerlo en su favor.

Como la "paz es inseparable del socialismo", nunca una agresión roja se reconocerá de tal por sus promotores.

Ella se presentará ya sea como una aplicación de la "doctrina Brezhnev o de soberanía limitada", en virtud de la cual se proclama sin tapujos el "derecho" de la Unión Soviética a intervenir militarmente para preservar el régimen socialista de los Estados que han sido incorporados a su órbita, o bien cuando se trate de anexar a ésta nuevos países a través incluso de la invasión, ello se revestirá siempre del pretexto de ser una respuesta a un presunto "llamado de un pueblo amigo sobre el cual pende la amenaza del imperialismo capitalista".

En ese contexto se explica la conclusión que Gierek extrae inmediatamente de su antedicho aserto: "precisamente por ello fortaleceremos consecuentemente nuestra cohesión y la unidad de acción de los países socialistas". En boca de Gierek y teniendo como escenario una reunión del Pacto de Varsovia, el sentido de dichas palabras no ofrece lugar a equívocos.

Tan esclarecedora como la cita transcrita emerge, en sentido inverso, la nueva advertencia de Solzhenitsyn en su más reciente obra, sugestivamente titulada "El error de Occidente".

Su tesis central apunta a la inadvertencia o torpeza con que, a su juicio, Occidente ha ignorado o desaprovechado el profundo distanciamiento y hasta rechazo del pueblo ruso hacia la jerarquía comunista que lo esclaviza. Sin embargo, conocedor profundo de la doctrina de Marx y de Lenin, y testigo sufriente de sus efectos prácticos, el escritor ruso previene que "cualquiera sea la ilusión que entre nosotros despierte la "détente", jamás podrá haber paz duradera con el comunismo: éste buscará siempre y con igual avidez extenderse".

Y prosigue: "Ustedes pueden jugar a la distensión, pero el comunismo no abandonará jamás su guerra ideológica. Jamás serán tratados por él más



que como enemigos. El comunismo no puede detenerse en sus deseos de conquistar el mundo, ya sea mediante una guerra abierta, o por acción subversiva y terrorista, o mediante la desestabilización de las estructuras sociales. Todo individuo, toda sociedad —la sociedad democrática más que cualquier otra— tienen naturalmente tendencia a alimentar esperanzas. Pero con respecto al comunismo, no hay lugar a la esperanza: no se puede pretender más que su triunfo total en todo el mundo, o su total desaparición”.

En última instancia, detrás de dicha apreciación subyace la evidencia de que el llamado “internacionalismo proletario” erigido en ideal, y la violencia admitida como método siempre válido si favorece el paso hacia la “dictadura del proletariado”, hacen del expansionismo hegemónico un aspecto inherente a la esencia misma de la doctrina comunista. De la violencia como “partera de la historia” planteada por Marx y Engels, a la “correlación de fuerzas” como eje de la teoría de la revolución desarrollada por Lenin para dominar el mundo, hay sólo un paso lógico y fatal ante el fracaso de los presagios “científicos” formulados por los primeros. De la semilla marxista necesariamente brota el árbol leninista, stalinista, maoísta, y titoísta, para citar sólo los ejemplos más relevantes.

Se comprende entonces la desconfianza de Solzhenitsyn hacia las esperanzas que Occidente pone hoy en su acercamiento hacia China roja. ¿No es bien nítido que tratándose de un régimen comunista, su actual postura anti-imperialista —aparte de discutible en los hechos— aparece como una simple cuestión de oportunidad y conveniencia? ¿No hizo ya Occidente una guerra para liberar a Europa del totalitarismo nacional-socialista, sin

comprender que al aliarse con Stalin en la forma en que lo realizó, terminaría entregando la mitad de ese continente al yugo soviético?

En su aprensión al respecto, el disidente ruso señala que “hoy día, para compensar 35 años de fracasos, la diplomacia norteamericana se apoya en una nueva carta, si cabe aun más irracional e insensata: servirse de la China comunista como escudo, sacrificando a Taiwán. Ni siquiera pregunto dónde están los principios democráticos, o lo que resta de ellos, ni qué se ha hecho el respeto por la libertad de los pueblos. Sólo planteo que, desde un punto de vista estratégico, éste es un cálculo muy poco previsor. ¿Y si repentinamente los dos comunistas llegaran a reconciliarse, y se volvieran juntos contra Occidente? Pero incluso si la reconciliación no tuviera lugar, China, armada por los Estados Unidos, terminaría por triunfar sobre éstos”.

El planteamiento puede sonar extremo o pesimista para muchos oídos. En otros retumba en cambio con la fuerza de un latigazo, que recuerda el desenlace de tantas falsas ilusiones anteriores. Pero aún en estos últimos el eco se apaga pronto, ahogado por la maldad que parece prevalecer en la conducción política occidental.

Hasta los más talentosos políticos norteamericanos de nuestra época, como Nixon y Kissinger, se vieron inclinados por el ambiente y las circunstancias predominantes en la realidad política de su país, a claudicaciones que hoy aparecen reñidas con su pensamiento íntimo. La entrega de Indochina completa al comunismo bajo el rótulo de “la paz en Vietnam”, o los acuerdos de Helsinki que la Unión Soviética no ha hecho sino burlar con escarnio, son dos ejemplos más que elocuentes al respecto. La actual insuficiencia de la reacción norteameri-



cana ante el expansionismo rojo no es pues sólo de hoy, sino de ayer y antea-  
yer.

Ahora se da como explicación el trauma que Vietnam y Watergate han significado para Estados Unidos. Ayer se dijo que la "détente" permitiría horadar el muro soviético, logrando ciertas libertades al interior de éste. O que lo penetraría gradualmente a través del conocimiento que el pueblo ruso adquiriría de la realidad, al ver en sus hogares programas de televisión preparados y transmitidos desde Occidente, por medio de los extraordinarios avances tecnológicos que ya lo permiten, y que harán cada vez más difícil que el Gobierno soviético pueda impedirlo.

Lo anterior tiene ciertamente mucho de verdad. Pero si las batallas políticas se dan en el tiempo, y si las estrategias se miden por los resultados, todo parece indicar que el mundo libre está perdiendo terreno diariamente ante el totalitarismo hegemónico comunista, al extremo de arriesgar quizás una derrota integral o definitiva.

Los planteamientos más recientes de

Nixon y Kissinger, dejan meditando en lo que Solzhenitsyn sugiere respecto de este último, y que podría aplicarse a otros líderes occidentales, no sólo norteamericanos: "Mientras los políticos ocupan un puesto importante, siguen una línea hecha de concesiones y capitulaciones. Sin embargo, una vez retirados de la vida pública, súbitamente lúcidos, comienzan a prodigar grandes consejos de firmeza. ¿Cómo explicar esta actitud? ¡Nadie se vuelve clarividente como por arte de magia! ¿No será necesario admitir que siempre tuvieron una visión muy clara de la situación, y que antes simplemente se dejaron llevar por la rutina política?"

Lo trágico sería que esa "rutina política" llevase hoy en Occidente el sello del suicidio. Porque entretanto, en el fondo Gierek y Solzhenitsyn "coinciden". Para Solzhenitsyn, la existencia del comunismo lleva anexa la guerra, salvo que el mundo entero se les rindiera sin combate. Gierek, al plantear la paz como inseparable del socialismo, nos está diciendo lo mismo. Sólo que esto último no es otra cosa que la guerra postulada bajo el nombre de paz.

# R